

Capítulo 5

LA OBRA REGENERADORA DEL ESPÍRITU SANTO

R. A. TORREY

El siguiente capítulo está tomado de un libro destacado de R. A. Torrey titulado *El Espíritu Santo: Quién Es y Qué Hace*. Aquí nuevamente vemos lo que sucede en el nuevo nacimiento, cómo experimentarlo y cómo ayudar a otros a hacer lo mismo. Este capítulo también incluye el bautismo del Espíritu Santo y los pasos para recibirlo. Presenta un argumento contundente sobre la necesidad del nuevo nacimiento.

Anteriormente, estudiamos la obra del Espíritu Santo al convencer a los hombres de pecado. Vimos que era obra del Espíritu Santo convencerlos de pecado, de justicia y de juicio. Ahora, estudiaremos más a fondo la obra del Espíritu Santo.

Jesús dijo: «Cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí. Y vosotros también daréis testimonio, porque habéis estado conmigo desde el principio» (Juan 15:26, 27).¹ Aquí vemos que es obra del Espíritu Santo dar testimonio concerniente a Jesucristo. Toda la obra del Espíritu Santo se centra en Jesucristo. Es su obra magnificar a Cristo para nosotros, glorificar a Cristo tomando de las cosas de Cristo y declarándonoslas (cf. Juan 16:14).

Es solamente a través del testimonio directo del Espíritu Santo en el corazón individual que cualquier hombre llega alguna vez a un conocimiento verdadero, vivo y salvador de Jesucristo (cf. 1 Corintios 12:3). Ninguna cantidad de escuchar el testimonio de los hombres respecto a Jesucristo, y ninguna cantidad incluso de estudiar lo que las Escrituras dicen acerca de Cristo Jesús, llevará jamás a alguien a un conocimiento verdadero, vivo y salvador de Jesucristo, a menos que el Espíritu Santo, el Espíritu vivo de Dios, tome el testimonio de los hombres, o

tome el testimonio de la Palabra Escrita, y lo interprete directamente a nuestros corazones.

Es verdad que el testimonio del Espíritu Santo respecto a Jesucristo se encuentra en la Biblia. De hecho, eso es exactamente lo que es toda la Biblia: el testimonio del Espíritu Santo acerca de Jesucristo. Todo el testimonio del Libro se centra en Jesucristo. Como leemos en Apocalipsis 19:10: «El testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía». Pero aunque eso sea verdad, a menos que el Espíritu vivo, que vive y obra hoy, tome su propio testimonio tal como se encuentra en la Palabra Escrita, la Biblia, y lo interprete directamente al corazón del individuo y lo convierta en algo vivo en el corazón del individuo, este no llegará a un conocimiento real, vivo y salvador de Jesucristo.

Por lo tanto, si deseas que los hombres obtengan una visión verdadera de Jesucristo, una visión tal de Él que crean en Él y sean salvos, debes buscar para ellos el testimonio del Espíritu Santo, y debes ponerte en tal relación con Dios que el Espíritu Santo pueda dar su testimonio a través de ti. Ninguna cantidad de mero argumento y persuasión de tu parte llevará jamás a alguien a un conocimiento vivo de Jesucristo.

Y si deseas tener tú mismo un conocimiento verdadero de Jesucristo, no basta con que estudies la Palabra y lo que el Espíritu de Dios ha dicho acerca de Jesucristo en la Palabra. Debes buscar para ti mismo el testimonio del Espíritu de Dios directamente a tu propio corazón a través de su Palabra, y ponerte en tal relación con Dios que el Espíritu Santo pueda dar su testimonio directamente a tu corazón. La actitud que debes adoptar hacia Dios para que el Espíritu Santo pueda dar su testimonio acerca de Jesucristo directamente a tu corazón es la actitud de rendición absoluta a la voluntad de Dios, pues se registra que Pedro dijo: «Nosotros somos testigos de estas cosas, y también el Espíritu Santo, el cual Dios ha dado a los que le obedecen» (Hechos 5:32). Y leemos estas palabras de nuestro Señor Jesús mismo en Juan 7:17: «Si alguno quiere hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta».

Esto explica por qué una persona puede leer el Evangelio de Juan una y otra vez y no llegar a un conocimiento salvador de Jesucristo, aunque ese Evangelio fue escrito con el propósito específico de llevar a los hombres a un conocimiento salvador de Jesucristo. El propio escritor nos dice en el capítulo veinte y el versículo treinta y uno: «Estas cosas han sido escritas para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre». Pero si el mismo hombre entrega su voluntad a Dios antes de comenzar a leer el Evangelio, y le pide a Dios cada vez que lee que envíe su Espíritu Santo para interpretar a su corazón las cosas que lee, no podrá leer el Evangelio completo ni siquiera una vez sin llegar a creer que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y mediante la fe «tener vida en su nombre».

He visto esto ilustrado muchas veces. Un domingo por la noche, mientras salía de la reunión de búsqueda espiritual en la Iglesia Moody, un joven me esperaba en el vestíbulo. Creo que ya era miembro de una iglesia. Me dijo: «Señor Torrey, no creo en nada. ¿Puede usted decirme cómo creer?»

—¿No cree usted nada en absoluto? ¿No cree que hay un Dios?

—Sí —dijo—. Creo que hay un Dios, pero estoy en duda acerca de todo lo demás.

—Muy bien —le dije—. Si usted cree que hay un Dios, debe rendir su voluntad a Dios. Luego comience en el primer capítulo de Juan, primer versículo, lea unos pocos versículos a la vez, no demasiados, y preste mucha atención a lo que lee, y cada vez antes de leer, ore esta oración: “Oh Dios, muéstrame qué de verdad hay en estos versículos que estoy a punto de leer, y lo que me muestres que es verdad, prometo defenderlo”. Y lea día tras día de manera consecutiva hasta terminar el Evangelio. ¿Lo hará?

—Sí —respondió—. Lo haré.

«Una cosa más: cuando termine el Evangelio, venga y repórtame».

Unas dos semanas después, cuando salía de la reunión de oración una noche, me encontré con él en el vestíbulo nuevamente. Me dijo: «He venido a reportarme». Yo le pregunté: «¿Cuál es su informe?»

Él respondió: «¿No lo sabe usted?» «Sí», le respondí, «creo que lo sé».

«Bien», dijo, «mis dudas han desaparecido por completo. Sí creo que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y sí creo en la Biblia como la Palabra de Dios». ¿Por qué ahora creía cuando antes no creía, aunque había leído el mismo libro una y otra vez? Ahora creía porque se había puesto en tal relación con Dios que el Espíritu Santo podía dar Su testimonio por medio de Su propia Palabra Escrita.

El testimonio propio del Espíritu

Esta historia también explica por qué aquel que ha estado mucho tiempo en tinieblas con respecto a Jesucristo llega tan rápidamente a ver la verdad cuando rinde su voluntad a Dios. Explica una experiencia que casi todo obrero reflexivo ha tenido: usted se sienta junto a un investigador que realmente desea conocer la verdad y ser salvo, y toma su Biblia y le muestra, a partir de algunas de las declaraciones más claras de la Palabra, exactamente lo que uno debe hacer para ser salvo, es decir, creer en Jesucristo; y toma la verdad acerca de la muerte expiatoria de Jesucristo, acerca de Su resurrección y acerca de que Él es un libertador del poder del pecado hoy, y se la muestra a partir de algunas de las declaraciones más claras de la Biblia sobre esos temas; y usted hace que el camino de la vida sea tan claro como el día, y lo repasa, y lo repasa, y lo repasa; pero el investigador aún no lo ve en absoluto, sino que permanece allí mudo, confundido, perplejo, desconcertado, y muy probablemente le dirá: «No puedo verlo», aunque usted lo ha hecho tan claro como el día. Es decir, para usted es tan claro como el día. Pero no es claro para él, y a veces uno se siente tentado a pensar que el investigador es intelectualmente torpe. En absoluto. Él está perfectamente claro en cuanto a otras cosas. Y entonces usted continúa y continúa, y lo repasa una y otra vez, y de repente una nueva luz llega al rostro del investigador y exclama: «¡Lo veo, lo veo!», y cree en Jesucristo y es salvo allí

mismo. Ahora bien, ¿qué ha sucedido? Simplemente esto: el Espíritu Santo ha dado Su testimonio directamente al corazón de ese investigador.

Así que en todo nuestro trato con los investigadores, no solo debemos asegurarnos de darles la Escritura correcta para mostrarles que necesitan un Salvador y que Jesucristo es exactamente el Salvador que necesitan, sino que también debemos procurar que estemos mirando al Espíritu de Dios para que dé Su testimonio de Jesucristo a través de nosotros, y que estemos en tal relación con Dios que el Espíritu Santo pueda dar Su testimonio de Jesucristo a través de nosotros.

Consideremos lo que ocurrió en el día de Pentecostés. El apóstol Pedro dio su testimonio de Jesucristo y presentó el testimonio de las Escrituras del Antiguo Testamento, y el Espíritu Santo, mediante el testimonio de Pedro y el de las Escrituras del Antiguo Testamento, dio Su testimonio de Jesucristo, y así los hombres vieron y creyeron, y en aquel día «se añadieron a ellos como tres mil personas». Ahora bien, si el apóstol Pedro hubiera dado exactamente el mismo testimonio el día anterior y hubiera presentado las mismas Escrituras el día anterior (es decir, el día antes de Pentecostés, el día antes de que el Espíritu Santo fuera dado), no habría habido tales resultados. Pero había llegado el momento de que el Espíritu Santo hiciera Su obra, y Pedro había sido «lleno del Espíritu Santo» «cuando por completo llegó el día de Pentecostés», y entonces no solo Pedro dio su testimonio, sino que el Espíritu vivo de Dios, que había tomado posesión de Pedro, dio Su testimonio, y los hombres vieron y creyeron.

El señor Moody solía expresarlo de esta manera tan gráfica. Decía: «Pedro dijo: “Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo” (Hechos 2:36), y el Espíritu Santo dijo: “Amén”, y los hombres vieron y creyeron».

En una ocasión, cuando yo era superintendente del Instituto Bíblico de Chicago, vivía en el Instituto Bíblico. Cada noche intentaba llegar a casa de mis propias reuniones antes de que los estudiantes llegaran de los diversos lugares a

los que habían ido a ayudar en la obra. Me encontraba con ellos en la escalera y conversábamos sobre las experiencias de la noche.

Una noche, un grupo numeroso de ellos regresó de la Misión Pacific Garden, llenos de entusiasmo y gozo. «¡Oh!», dijeron, «señor Torrey, tuvimos un tiempo maravilloso en la Misión Pacific Garden esta noche. Multitudes de hombres vinieron al altar, todo tipo de borrachos y marginados, y fueron salvos». Al día siguiente me encontré con Harry Monroe, que en ese momento estaba a cargo de la Misión Pacific Garden. Le dije: «Harry, los muchachos me dicen que tuvieron un tiempo maravilloso en la Misión Pacific Garden anoche». Él respondió: «Señor Torrey, ¿quiere usted saber el secreto? Simplemente levanté a Jesucristo, y al Espíritu Santo le plugo iluminar el rostro de Jesús mientras yo lo levantaba, y los hombres vieron y creyeron». Pensé que era una manera hermosa de expresarlo.

Así que cuando usted y yo predicamos, o cuando hacemos obra personal o enseñamos, debemos levantar a Jesucristo tal como se presenta en las Escrituras y luego mirar al Espíritu Santo para que ilumine Su rostro. Y debemos estar muy seguros de que estamos en tal relación con Dios y con el Espíritu Santo, y de que dependemos tanto del Espíritu Santo y contamos tanto con que el Espíritu Santo haga Su obra, que Él pueda hacerla, y entonces los hombres verán y creerán.

Permítanme repetirlo para asegurarnos de que lo comprendan: si desean que los hombres vean la verdad acerca de Jesucristo, no dependan de sus propias capacidades de expresión o persuasión, ni de su propio conocimiento de la Escritura y de cómo usarla, sino que déjense llevar por el Espíritu Santo con la conciencia de su total impotencia, y miren a Él para que dé Su testimonio de Jesucristo, y procuren también que aquellos con quienes tratan se pongan en tal actitud hacia Dios que el Espíritu Santo pueda testificarles, y procuren también que ustedes estén en tal relación con Dios —tan completamente rendidos a Él, tan separados de todo lo que obstaculiza Su obra— que Él pueda dar Su testimonio a través de ustedes. En el testimonio del Espíritu Santo acerca de Jesucristo reside la cura para toda ignorancia concerniente a Cristo y para todo escepticismo concerniente a Cristo.

Regeneración

Ahora permítanme llamar su atención sobre otra obra maravillosa, bondadosa y gloriosa del Espíritu Santo.

«Respondió Jesús y le dijo [es decir, a Nicodemo]: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo [o “de lo alto”], no puede ver el reino de Dios. Nicodemo le dijo: ¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre, y nacer? Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios» (Juan 3:3–5).

Aquí se nos dice que los hombres nacen del Espíritu, o que nacen de nuevo mediante el poder del Espíritu Santo. Exactamente la misma verdad se presenta en Tito 3:5, de una manera que puede permitirle captarla más fácilmente: «No por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia nos salvó, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación del Espíritu Santo». Aquí se nos enseña que es obra del Espíritu Santo renovar a los hombres, o hacer a los hombres de nuevo—o, para usar la expresión teológica común, regenerar a los hombres.

¿Qué es la regeneración? Tenemos dos definiciones de regeneración, o del nuevo nacimiento, en la Biblia. Encontraré la primera de estas definiciones en Efesios 2:1, «Él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados». La regeneración es, entonces, la impartición de vida a hombres que están moral y espiritualmente muertos a causa de sus delitos y pecados. Cada hombre, mujer y niño de nosotros, sin importar cuán excelente en carácter o cuán religiosos hayan sido nuestros padres, nació en este mundo espiritualmente muerto. Somos por naturaleza cadáveres morales y espirituales. En la regeneración, se nos da vida; Dios nos imparte Su propia vida. Es el Espíritu Santo por quien Dios nos imparte esta vida. La regeneración es Su obra.

Por supuesto, la Palabra de Dios es el instrumento que el Espíritu Santo utiliza para impartir vida. Se nos enseña eso en 1 Pedro 1:23, «siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive

y permanece». Y se nos dice lo mismo en Santiago 1:18, «Él, de su voluntad, nos hizo nacer por la palabra de verdad, para que seamos primicias de sus criaturas».

Vemos claramente en ambos pasajes que la Palabra de verdad, la Palabra de Dios, la Palabra contenida en la Biblia, es el instrumento que el Espíritu Santo utiliza en la regeneración, pero es solo cuando el Espíritu Santo utiliza la Palabra que resulta la regeneración. La mera Palabra escrita no producirá el nuevo nacimiento, sin importar cuán fielmente se predique o cuán fielmente se dé en el trabajo personal, a menos que el Espíritu viviente de Dios la convierta en una cosa viva en los corazones de aquellos a quienes predicamos o con quienes estamos tratando.

Esta verdad se presenta muy claramente en otra declaración del apóstol Pablo, que se encuentra en 2 Corintios 3:6, «la letra mata, mas el Espíritu da vida». ¿Qué significa esto? En estos días de pensamiento superficial y descuidado y de estudio bíblico descuidado, a menudo se interpreta como que la interpretación literal de las Escrituras, que estos hombres llaman "la letra", es decir, tomar las Escrituras para que signifiquen exactamente lo que dicen aplicando las leyes habituales de la gramática y la dicción, mata, pero que alguna interpretación espiritualizante, alguna interpretación que hace que la Palabra signifique algo que evidentemente no pretendía decir, da vida. Este es uno de los trucos favoritos para malinterpretar las Escrituras empleado por aquellos que están decididos a no tomar la Biblia como si significara lo que dice; y nos llaman a todos aquellos que insistimos en interpretar la Biblia para que signifique lo que dice "literalistas mortales". Nunca hubo una construcción errónea más injustificada de las palabras de Pablo—o de las palabras de cualquier otra persona—que esa. Pablo no tuvo el más remoto pensamiento de enseñar nada de ese tipo. Si alguna vez hubo un "literalista mortal" (si el literalismo es realmente mortal), fue el mismo hombre que escribió estas palabras. Pablo siempre insistía en la fuerza exacta de cada palabra utilizada. Pablo construiría un argumento completo sobre una palabra, o sobre una parte de una palabra, sobre el número de un sustantivo, o sobre el caso de un sustantivo, o sobre el tiempo de un verbo. No, Pablo no quiso decir nada de ese tipo.

¿Qué quiso decir? Bueno, la manera de descubrir lo que cualquier hombre realmente quiere decir con lo que dice o escribe es leer lo que dice o escribe en el contexto en el que se dice. En este caso, el contexto muestra más allá de toda duda honesta exactamente lo que Pablo quiso decir. En el tercer versículo de este mismo capítulo, Pablo establece un contraste entre, por un lado, la Palabra de Dios escrita en pergamino o en papel con pluma y tinta o grabada en tablas de piedra como en el caso de los Diez Mandamientos, y, por otro lado, la Palabra de Dios escrita, como él dice, por «el Espíritu del Dios viviente; no en tablas de piedra, sino en tablas de carne del corazón». Lo que Pablo dice, por lo tanto, es que la mera "letra" de la Palabra—la Palabra escrita o impresa en un libro—mata. En otras palabras, trae condenación y muerte. Pero la Palabra de Dios escrita por el Espíritu del Dios viviente en nuestros corazones («en tablas de carne del corazón») trae vida.

Esto, por supuesto, es solo decir con otras palabras lo que ya hemos dicho anteriormente, que es solo cuando el Espíritu Santo viviente lleva hoy al corazón del individuo la Palabra de Dios y la escribe en el corazón que los hombres son hechos vivos, o nacidos de nuevo. Ninguna cantidad de dar la Biblia, la Palabra Escrita, en el sermón, o en el trabajo personal, o en la enseñanza, llevará jamás a que un hombre nazca de nuevo. Si deseamos ver a los hombres nacer de nuevo a través de nuestra predicación, o a través de nuestro trabajo personal, o a través de nuestra enseñanza, debemos darnos cuenta de nuestra dependencia del Espíritu Santo y mirar a Él y contar con Él para que lleve a casa al corazón la verdad que predicamos o damos a conocer en el trabajo personal o en la enseñanza. Y debemos asegurarnos de que nosotros mismos estemos en tal relación con Dios que el Espíritu Santo pueda hacer Su obra regeneradora a través de nosotros.

Una segunda definición

Tenemos una segunda definición de regeneración dada por Dios en 2 Pedro 1:3, 4, «Como todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por

su gloria y excelencia, por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia». La definición de Dios de la regeneración aquí es la impartición de una nueva naturaleza, «la naturaleza divina»—la propia naturaleza de Dios—a nosotros.

Todos nacemos en este mundo con una naturaleza corrupta, corrupta en sus pensamientos, corrupta en sus afectos, corrupta en su voluntad.

Todos nosotros, sin importar cuán fina sea nuestra ascendencia o cuán piadosos sean nuestros padres, nacemos en este mundo con una mente que está ciega a la verdad de Dios. Como dice Pablo en 1 Corintios 2:14, «Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente».

Todos nosotros nacemos en este mundo con afectos que son corruptos—es decir, con afectos puestos en cosas que desagradan a Dios. Amamos las cosas que deberíamos odiar, y odiamos las cosas que deberíamos amar.

Todos nosotros nacemos en este mundo con una voluntad que es perversa. Como dice Pablo en Romanos 8:7, «El ocuparse de la carne [es decir, la mente del hombre natural y no regenerado] es enemistad contra Dios; porque no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede». Todos nosotros nacemos en este mundo con una voluntad que es perversa, una voluntad que está puesta en agradar a sí mismo y no puesta en agradar a Dios.

Ahora, lo que agrada a uno mismo puede no ser algo corrupto o criminal o vil o inmoral. Lo que nos agrada puede ser algo refinado, algo de alto carácter; puede no ser emborracharse o robar o mentir o cometer adulterio o hacer cualquier cosa mala o vil o baja. Puede ser la cultura o la música o el arte u otra cosa alta y refinada; pero agradar a uno mismo es la esencia misma del pecado, ya sea que la cosa que agrada a uno mismo sea algo muy alto o algo muy bajo. Y cualquier voluntad que está puesta en agradar a sí misma es una voluntad en rebelión contra Dios; es «enemistad contra Dios». Solo hay una actitud correcta para la

voluntad humana, y esa es una actitud de absoluta rendición a Dios, y el objetivo completo de la vida no debería ser agradar a uno mismo en absoluto, sino agradar a Dios en todas las cosas.

Así que todos nacemos en el mundo con esta naturaleza que está corrupta intelectual, afectiva y volitivamente. ¿Qué ocurre en el nuevo nacimiento? Se nos da una nueva naturaleza.

1. Se nos da una nueva naturaleza intelectual, una nueva mente, una mente que en lugar de estar ciega a la verdad de Dios está con los ojos abiertos a la verdad de Dios. Cuán a menudo he visto eso. He visto a un hombre venir a una reunión siendo un completo infiel. Tengo en mente a un hombre en este momento, un hombre que no había estado dentro de una iglesia durante catorce años y que era un infiel declarado y muy amargado. Pero este hombre fue inducido a venir a oírme predicar. El Espíritu de Dios obró a través de mí esa noche y a través de un trabajador personal que trató con él en la reunión posterior, y ese hombre nació de nuevo allí mismo, y esa mente completamente oscurecida se iluminó de inmediato, y, en lugar de que las cosas «del Espíritu de Dios» fueran por más tiempo «locura para él», se volvieron tan claras como el día, y dentro de una semana, estaba trayendo a otros al conocimiento de la verdad. Trajo a su propia esposa a la reunión el domingo siguiente por la noche y la condujo a la luz, y dentro de un año, estaba predicando el evangelio.

2. No solo se nos da una nueva naturaleza intelectual, también se nos da una nueva naturaleza afectiva. Obtenemos nuevos gustos en lugar de los viejos gustos, nuevos amores en lugar de los viejos amores. En lugar de amar por más tiempo las cosas que desagradan a Dios, ahora amamos las cosas que agradan a Dios. Las cosas que una vez odiamos ahora las amamos, y las cosas que una vez amamos ahora las odiamos. Cuán claramente se ilustró eso en mi propia experiencia. Cuando miro hacia atrás en mi vida antes de nacer de nuevo, apenas puedo creer lo que sé que es verdad acerca de mis propios afectos y acerca de mis gustos y disgustos antes de nacer de nuevo. En aquellos días, odiaba la Biblia. La leía todos los días, pero era para mí casi el libro más estúpido que leía. Preferiría haber leído el almanaque del año pasado cualquier día antes que haber leído la

Biblia. Pero cuando nací de nuevo, mi corazón se llenó de amor por la Biblia, y hoy, prefiero leer la Biblia antes que cualquier otro libro o todos los libros juntos. La amo tanto que a veces pienso que no leeré ningún otro libro sino la Biblia. En aquellos días anteriores, antes de nacer de nuevo, amaba la mesa de naipes, el teatro, el baile, las carreras de caballos, la cena con champán, y odiaba la reunión de oración y los servicios dominicales. Hoy, odio el baile y la mesa de naipes y el teatro y las carreras de caballos, y amo la reunión del pueblo de Dios y los servicios de la casa de Dios en el Día del Señor. Es tal como dice Pablo en 2 Corintios 5:17, «De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí, son hechas nuevas».

3. En el nuevo nacimiento, no solo se nos da una nueva naturaleza intelectual y una nueva naturaleza afectiva, también se nos da una nueva naturaleza volitiva—es decir, se nos da una nueva voluntad. Cuando uno nace de nuevo, su voluntad ya no está puesta en agradar a sí mismo; su voluntad está puesta en agradar a Dios. No hay nada más en lo que se deleite tanto como se deleita en la voluntad de Dios. Lo que él mismo desea no es nada para él; lo que agrada a Dios lo es todo para él.

La impartición de la propia naturaleza de Dios

Vemos, entonces, que el nuevo nacimiento es la impartición de una nueva naturaleza, la propia naturaleza de Dios, a hombres que están muertos en delitos y pecados. Es el Espíritu Santo quien imparte esta naturaleza. Como ya hemos dicho, la Palabra de Dios es el instrumento que el Espíritu Santo utiliza para impartir esta nueva naturaleza. Esto se presenta en el mismo versículo que ya hemos citado como conteniendo la definición de Dios del nuevo nacimiento, 2 Pedro 1:4, «nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas [es decir, por sus preciosas y grandísimas promesas—es decir, a través de la Palabra Escrita] llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina». Sí, siempre la Palabra Escrita es el instrumento a través del cual se imparte la nueva naturaleza a los hombres, pero es solo cuando el Espíritu Santo utiliza el instrumento, la

Palabra Escrita, que resulta el nuevo nacimiento—la impartición de la propia naturaleza de Dios a nosotros.

Así que vemos nuevamente que si deseamos nacer de nuevo nosotros mismos, no es suficiente leer la Biblia, aunque ese es el instrumento que el Espíritu Santo utiliza en la regeneración. Debemos ponernos en tal actitud hacia Dios mediante la rendición de nuestra voluntad a Dios que el Espíritu Santo pueda usar la Palabra Escrita y hacerla una cosa viva en nuestros corazones y así impartir la naturaleza de Dios a nosotros y así nacer de nuevo. Vemos también que si deseamos que otros nazcan de nuevo a través de nuestra predicación o trabajo personal o enseñanza o lo que sea, debemos asegurarnos de que no solo les damos la Palabra Escrita y les damos los pasajes correctos de la Palabra, sino también de que estamos en una relación correcta hacia Dios, y de que nos damos cuenta de nuestra dependencia del Espíritu Santo para que Él haga la obra, y de que contamos con Él para hacer la obra, para que Él pueda hacer Su obra regeneradora a través de nosotros.

La mera letra del evangelio traerá condenación y muerte a menos que esté acompañada por el poder del Espíritu Santo. El ministerio de muchos predicadores o maestros perfectamente ortodoxos es un ministerio de muerte; de hecho, una de las cosas más muertas sobre la tierra es la ortodoxia muerta. Su ministerio es un ministerio de muerte porque mientras da la Palabra, la da «con palabras persuasivas de sabiduría», pero no «en demostración del Espíritu y de poder» (1 Corintios 2:4). Ninguna cantidad de predicación, sin importar cuán ortodoxa sea, ninguna cantidad de mero estudio de la Palabra regenerará a una persona a menos que el Espíritu Santo obre. Es Él y solo Él quien hace a un hombre una nueva criatura. Pero, gracias a Dios, Él está siempre listo para hacer esto cuando se suministran las condiciones que son necesarias para que Él haga Su obra. Todos dependemos de Él si ha de haber resultados reales, regeneración real.

Así como dependemos completamente de la obra de Cristo por nosotros en la justificación, así dependemos completamente de la obra del Espíritu Santo en nosotros para la regeneración. Toda la obra de la regeneración puede describirse

de esta manera: el corazón humano es el suelo, la Palabra de Dios es la semilla, y nosotros los predicadores y maestros y trabajadores personales somos los sembradores. Vamos al granero de la Biblia y tomamos de él la porción de semilla que deseamos sembrar, y la predicamos o la enseñamos o la usamos en el trabajo personal. Pero si todo se detuviera allí, ningún resultado real seguiría—no habría nuevo nacimiento. Pero si, mientras predicamos o enseñamos o hacemos trabajo personal, miramos al Espíritu Santo para que haga Su obra, Él vivificará la semilla mientras la sembramos, y echará raíz en los corazones de aquellos a quienes hablamos, y el corazón humano se cerrará alrededor de ella por la fe, y una nueva creación será el resultado.

A menudo me preguntan si creo en la conversión súbita. Creo en algo mucho más maravilloso que la conversión súbita—creo en la regeneración súbita. La conversión es una cosa externa; significa meramente dar la vuelta: uno está mirando en una dirección—mirando lejos de Dios; se da la vuelta y mira en la otra dirección—mira hacia Dios. Eso es conversión. Pero la regeneración desciende a las profundidades mismas del corazón y del espíritu humano. Es una transformación radical del hombre más íntimo, una impartición de vida, y la impartición de una nueva naturaleza. Una conversión externa, si ha de ser real y duradera, debe ser el resultado de una regeneración interna. Un hombre puede ser convertido cien veces, pero no puede nacer de nuevo sino una vez; porque, cuando uno nace de nuevo, cuando Dios imparte Su propia naturaleza a un hombre, permanece nacido de nuevo. Como dice Juan en 1 Juan 3:9, «Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado [es decir, no hace una práctica del pecado], porque la simiente de Dios [es decir, la simiente de Dios; la propia naturaleza de Dios] permanece en él; y no puede pecar [es decir, haciendo una práctica continua del pecado], porque es nacido de Dios». Sí, creo en la regeneración súbita—una transformación súbita y completa del hombre más íntimo.

Por qué creo en la regeneración

¿Por qué creo en ella? Porque la Palabra de Dios la enseña, y porque la he visto una y otra vez. ¿Cómo podría dudar de ella cuando tenía sentado a mi lado, semana tras semana y año tras año, en la plataforma de la Iglesia Moody de Chicago, como mi pastor asistente, a un hombre que, hasta la edad de cuarenta y dos años, fue uno de los pecadores más desesperados y notorios que jamás hayan vivido? Un hombre que a los nueve años era borracho y que fue completamente incorregible durante todos sus años escolares. Un hombre que ingresó en la Marina de los Estados Unidos a los quince años, pasó por la Guerra Civil y aprendió todos los vicios de la Marina, y que al final de la guerra se alistó en el ejército regular y aprendió todos los vicios del ejército, y pasó una buena parte de ese tiempo, mientras estuvo con el ejército en Fort Leavenworth, en la casa de guardia, donde fue elegido líder de una pandilla de forajidos que estaban confinados en la casa de guardia del ejército en aquel tiempo. Un hombre a quien el alcalde y el jefe de policía ordenaron salir de la ciudad de Omaha por casi matar al matón de Omaha en una pelea. Un hombre que cabalgó por las calles de Omaha en un coche de caballos con un revólver en cada mano, disparando los revólveres por ambas ventanas mientras se precipitaba calle abajo. Un hombre que, a pesar del dinero que heredó de su padre, fue proscrito del pueblo donde vivía en Iowa, pero que volvió a ese mismo pueblo una noche, entró en una reunión evangelística, se arrodilló en el altar y aceptó a Jesucristo y fue transformado en el mejor amigo que he tenido en mi vida. Un hombre a quien amé como nunca amé a ningún otro hombre. Un hombre del cual, si alguien me preguntara quién fue el hombre más semejante a Cristo que he conocido en mi vida, respondería sin vacilación: «el Reverendo William S. Jacoby»—el hombre más querido que jamás conocí. Sí, creo en la regeneración súbita.

Si no creyera en la regeneración súbita, dejaría de predicar, porque ¿de qué serviría todo? ¿De qué serviría, por ejemplo, predicar a una congregación como aquella a la que solía predicar cada domingo por la noche en la Iglesia Moody de Chicago, cuando ese edificio estaba repleto de las multitudes heterogéneas que allí se reunían? Algunos de los mejores cristianos de Chicago estaban allí;

estudiantes universitarios, estudiantes de medicina, estudiantes de derecho, abogados, médicos, y prominentes hombres de negocios y sinceros hombres y mujeres cristianos estaban allí. Pero también estaban allí «pájaros de cárcel», criminales recién salidos de la Prisión Estatal de Joliet, incrédulos, forajidos y hombres depravados de casi todas las naciones de la tierra. ¿De qué serviría predicar a una multitud así si no fuera por la obra regeneradora del Espíritu Santo? Pero, creyendo como creía en la obra regeneradora del Espíritu Santo, siempre me levantaba a predicar con un corazón lleno de esperanza y expectación, porque nunca sabía en qué noche el Espíritu de Dios, la santa Paloma de Dios, posaría.

Tomemos, por ejemplo, un domingo por la noche específico. Esa noche había llegado a la audiencia, mucho antes de que comenzara la reunión, un hombre tan intoxicado que en el momento en que le dieron un asiento, se quedó dormido. No fue expulsado, porque habíamos dado instrucciones a nuestros ujieres de nunca expulsar a ningún hombre, por muy borracho que estuviera, a menos que insistiera en causar un disturbio, y, si se veían obligados a expulsar a un hombre, que lo siguieran y trataran con él, y, si era posible, lo llevaran a Cristo. Este hombre no causó ningún disturbio, excepto que posiblemente roncó un poco.

Al levantarme a predicar esa noche, ofrecí una oración antes de predicar, como suelo hacer. Pero esa noche ofrecí una oración diferente de cualquier otra que hubiera ofrecido antes, y nunca he ofrecido la misma oración sino una vez desde entonces, y fue cuando este hombre me pidió que la ofreciera de nuevo. Estoy seguro de que Dios la puso en mis labios esa noche, porque yo no sabía nada de este hombre. La oración que ofrecí fue esta: «Oh Dios, si hay aquí en la Iglesia de la Avenida Chicago alguna noche un hombre que haya huido de Nueva York o de cualquier otra ciudad del este, y haya dejado a su esposa e hijos allí para que se mueran de hambre, y se esté bebiendo hasta morir aquí en Chicago, salva a ese hombre esta noche». Aunque nunca había oído hablar de este hombre antes, esa oración describía el caso de ese hombre exactamente. No solo había huido de una ciudad del este, sino de Nueva York, y había dejado a su esposa e hijos allí para que se murieran de hambre, y se estaba bebiendo hasta morir en

Chicago. Justo cuando ofrecí esa oración, él despertó de su sueño, y oyó mis palabras, y estas se hundieron en su corazón. Cuando salió de ese edificio, no podía pensar en nada más. Como después me lo describió a mí y a otros, esa noche empapó su almohada con sus lágrimas, y Dios lo salvó. Se levantó un hombre regenerado. Querido hombre, ¡cómo lo recuerdo bien! Todavía puedo ver su rostro.

El ingeniero en la lista negra

Esa misma noche, había un hombre sentado arriba en la galería, a mi izquierda, que era un ingeniero ferroviario competente, pero que había sido incluido en la lista negra de todos los ferrocarriles que entraban en Chicago debido a sus hábitos intemperantes. Mientras predicaba esa noche, el Espíritu Santo llevó mis palabras al corazón de ese hombre, y él creyó en Jesucristo y fue salvo y nacido de nuevo. Al terminar de predicar, uno de mis ancianos se acercó a él y le dijo: «¿Eres salvo?»

El hombre respondió: «Lo soy».

El anciano dijo: «¿Cuándo fuiste salvo?»

Él dijo: «Hace unos cinco minutos, mientras ese hombre predicaba».

Al día siguiente, ese hombre bajó a la oficina del vicepresidente del Ferrocarril de Chicago y el Este de Illinois. Como un ingeniero que estaba en la lista negra de todos los ferrocarriles que entraban en Chicago logró entrar en la oficina del vicepresidente del Ferrocarril de Chicago y el Este de Illinois, no lo sé; pero ciertamente lo hizo. Le dijo al vicepresidente: «Soy un ingeniero ferroviario competente, pero he sido incluido en la lista negra de todos los ferrocarriles que entran en Chicago por emborracharme. Sin embargo, anoche fui convertido en la Iglesia Moody». El vicepresidente saltó de la mesa, fue a la puerta y la cerró con llave, y dijo: «Yo creo en esa clase de cosas. Oremos». Y así, el vicepresidente del ferrocarril y el ingeniero que estaba en la lista negra de todos los ferrocarriles que entraban en Chicago se arrodillaron y oraron juntos. Cuando se levantaron del suelo, el vicepresidente le dijo: «Todo lo que yo digo en esta vía se cumple. Te

daré una carta para el capataz de la cochera de Danville. Él te dará una locomotora».

Oh, sí, creo en la regeneración súbita, y, creyendo en el poder regenerador del Espíritu Santo a través de la Palabra Escrita—sabiendo que Él tiene el poder de hacer nuevas a los hombres y a las mujeres vivificando las palabras sembradas en el corazón humano, nunca desespero de ningún hombre o mujer en la tierra, y espero seguir predicando y enseñando la poderosa Palabra de Dios en el poder del Espíritu Santo mientras tenga fuerzas para mantenerme en pie y predicar. Sí, si Dios considera conveniente ponerme en un lecho de enfermedad antes de pasar a la eternidad o antes de que el Señor venga, espero predicar a Jesucristo a los hombres allí en el lecho de enfermedad en el poder del Espíritu Santo, y espero ver a hombres, mujeres y niños nacer de nuevo. ¿Es de extrañar que no renunciara a predicar el evangelio para ser presidente de los Estados Unidos u ocupar cualquier trono en la tierra?

Esta doctrina del nuevo nacimiento es una doctrina gloriosa. Es cierto que barre las falsas esperanzas. Viene al hombre que confía en su moralidad y le dice: «La moralidad no es suficiente. Debes nacer de nuevo». Viene al hombre que confía en la reforma, en volver una nueva página, y le dice: «La reforma no es suficiente, por muy profunda que sea. Debes nacer de nuevo». Viene al hombre o a la mujer que confía en la educación y la cultura y le dice: «La educación y la cultura no son suficientes: debes nacer de nuevo». Viene al hombre o a la mujer que confía en su amabilidad de carácter, en su bondad de corazón y generosidad al dar, y le dice: «La amabilidad de carácter, la bondad de corazón y la generosidad al dar no son suficientes. Debes nacer de nuevo». Viene al que confía en las exterioridades de la religión, en el hecho de que va a la iglesia regularmente y ha sido bautizado y unido a la iglesia, y participa de la Cena del Señor, y lee regularmente su Biblia y dice sus oraciones, y le dice: «Todas las exterioridades de la religión no son suficientes. Debes nacer de nuevo».

Sí, la doctrina del nuevo nacimiento barre todas las falsas esperanzas sobre las cuales una multitud de asistentes a la iglesia están edificando, y dice que hay un camino mejor, el único camino. Mientras barre las falsas esperanzas, trae una

esperanza nueva, mejor y viva. Viene a cada uno de nosotros y nos dice: «Debes nacer de nuevo». Viene al que no tiene gusto por las cosas de Dios y por lo tanto piensa que no hay esperanza para él, y le dice: «Puedes nacer de nuevo». Viene al que está sumido en el pecado de una u otra clase, al que lucha dura pero inútilmente por liberarse del pecado, y le dice: «Puedes nacer de nuevo y perder todo tu amor por el pecado, y así el poder del pecado será completamente quebrantado». Viene al que se ha alejado tanto de Dios y ha cometido tantos pecados que piensa que no hay esperanza para él... al que está lleno de desesperación total y sin esperanza, y le dice: «Puedes nacer de nuevo; puedes ser hecho de nuevo; puedes llegar a ser un hijo de Dios y un partícipe de Su propia naturaleza santa y gloriosa». ¡Aleluya!

Oh, hombres y mujeres, ¿han nacido de nuevo? No les pregunto si son miembros de la iglesia. No pregunto si han sido bautizados. No pregunto si van regularmente a la Cena del Señor. No les pregunto si están dando tanto de sus ingresos a la iglesia y a los pobres como deberían dar. No les pregunto si van regularmente a la reunión de oración y dicen sus propias oraciones regularmente cada día y estudian su Biblia regularmente. Les pregunto: ¿Han nacido de nuevo? ¿Se han convertido en partícipes de la propia naturaleza de Dios? Si no es así, hoy pueden. El Espíritu de Dios es poderoso y está listo para hacerlos de nuevo, para impartirles la propia naturaleza de Dios a través de Su Palabra, si tan solo se lo permiten.

Este capítulo fue tomado del libro de R. A. Torrey *El Espíritu Santo: Quién Es y Qué Hace* (Grand Rapids, Mích.: Fleming Revell, 1927). Usado con permiso. (Dominio público.)

1. Toda la Escritura en este capítulo está citada de la Versión Americana Estándar. Todo el énfasis en las citas de la Escritura usadas en este capítulo ha sido añadido.